

ORADOR DE ORDEN EN LA 2DA PROMOCIÓN DEL MASTER EN

FINANZAS DEL IESA

JUAN CARLOS ESCOTET

2003

Pararme aquí delante de ustedes constituye un doble reto: por una parte, llego aquí sin idea precisa de las posibles expectativas que ustedes pudiesen albergar sobre mi intervención. Por otra parte, este es un momento tan complejo y aleccionador en muchos sentidos, que el sólo hecho de escoger un tema ya constituye un sacrificio de los innumerables otros asuntos sobre los que no hablaremos, y que, si ustedes están de acuerdo, podemos dejar pendientes para una próxima oportunidad.

Me decía que, si el hecho de ser yo una persona que se ha desempeñado en el mundo de las finanzas, enfrentado a un grupo de profesionales dedicados a profundizar sus conocimientos de las finanzas, me sugiere la conveniencia de que les narre algunas experiencias útiles; o si es mejor que intente una especulación sobre la visión que tengo del mercado de trabajo; o si debería tratar de organizar algunas notas sobre mi actividad y los aprendizajes que he conseguido a lo largo de los años.

Lo he meditado y he llegado a la conclusión de que lo más adecuado es que me concentre en el tema más relevante y común a todos los que estamos aquí reunidos, que es nuestro magnífico y complicado país, que a pesar de sus extraordinarias dificultades y deterioro, está allá afuera esperándonos, sin excepciones.

Y esto me lleva a mi punto de partida: ¿Qué significa ser un profesional en esta Venezuela de nuestros pesares? ¿Qué despliega hacia el futuro de cada uno de ustedes la idea de convertirse en un especialista cada vez más avezado de las finanzas? Mi opinión es que mientras más profundizas en el mundo de las cifras y sus significados, mayor es el número de conexiones que el profesional de las finanzas va estableciendo con los hechos, los circuitos y las tendencias del mundo exterior.

Ser un especialista es cada día una experiencia más alejada de nociones como conocimiento de pocos y gremio, propias del Renacimiento, que es cuando la

idea de “las profesiones” termina de conformarse en Inglaterra e Italia, entre los siglos XV Y XVI.

Durante los siglos XVII, XVIII, XIX y buena parte del siglo XX, los incalculables avances que se produjeron en las ciencias, las comunicaciones y en la comprensión de los hombres sobre el mundo, permitieron que las profesiones se hicieran sólidas y diferenciadas, más consistentes en sus bases y ejercicios, y diría hoy, y les facilitaron la posibilidad de desarrollar una capacidad para definir campos de acción y detectar problemas específicos sobre los que actuar con eficacia.

Pero ocurre que el mundo comenzó a cambiar imperceptiblemente desde mediados del siglo pasado, y todas las fronteras y los perfiles del llamado mundo moderno comenzaron a modificarse

Si me permiten usar la metáfora del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, la modernidad se ha tornado líquida, y ello ha generado un profundo impacto en el pensamiento y en las instituciones, porque todos, absolutamente todos en el espacio de la cultura occidental, incluyendo a los más importantes centros académicos del planeta, hemos sido desbordados por las realidades de un mundo en mutación, cada día más resistente a las explicaciones y a los modelos preconcebidos.

En las últimas tres décadas hemos aprendido a convivir con un lenguaje que tiene el deseo de explicar lo que está pasando, lo que viene ocurriendo ante nuestros ojos estupefactos. Se habla de la nueva segmentación de los públicos; de las tribus urbanas; de los procesos urbanos incontrolables; de la especulación llevada más allá de las capacidades de los sistemas.

A Occidente le ha tocado inventar una teoría del caos; hemos debido aprender a convivir con el principio de la incertidumbre bajo nuestro propio techo. Peor aún: si algo se ha globalizado, con la misma o quizás mayor contundencia con que lo han hecho los intercambios económicos, es la sensación de cualquier ciudadano del mundo, no importa donde trabaje o cómo viva, de no saber con certeza cómo será el día de mañana. Es por eso que el mismo Bauman habla de seguridad insegura, de certeza incierta, de protección desprotegida, como los tres principales y más extendidos sentimientos en los que vive todo ciudadano, en cualquier país y de cualquier pertenencia social.

En un mundo que vive bajo la premisa de una volatilidad en ingobernable crecimiento, donde lo único cierto que realmente tenemos en las manos es la amenaza de nuestra incapacidad de controlar o modificar el entorno, la pregunta

que podríamos formularnos es, ¿qué clase de profesional, cuáles fundamentos y qué tipo de vocaciones han de imponerse como las más deseables, ahora que la realidad, en Venezuela y en cada lugar del planeta, parece querer revelarse en contra de las fórmulas y de la planificación, casi con el único propósito de desconocer la experiencia y la realidad conocida?

Hombres y mujeres de las finanzas: vuestra profesión y la mía, no son sólo los números y los fundamentos del cálculo. Son las personas y el mundo. Es el movimiento, los cambios en las percepciones, las tendencias del pensamiento cotidiano, la mejor comprensión posible sobre la naturaleza de las crisis que estamos viviendo.

Si aceptamos que en nuestra sociedad el universo de las apariencias ha adquirido una dimensión que no tuvo previamente, y que además, a diferencia de los siglos precedentes, hoy no hay un lugar del mundo donde la entidad del Estado no esté siendo discutida en sus fundamentos más básicos; si aceptamos por otra parte que se ha producido una crisis de la visión - basta levantar la cara y mirar a nuestro alrededor para constatar que son tantos y diferentes los intereses que hoy buscan acomodarse en el mundo -, entonces ustedes podrán entender por qué yo me permito venir hasta aquí hoy, básicamente para decirles que el principal buen consejo que podría darles es que es necesario voltear la mirada y los instrumentos de medición, no sólo hacia la data firme de los circuitos y sistemas financieros, sino también hacia el vasto y diverso universo de intangibles que hoy ocupan nuestra vida.

Si algo puedo traducir de mi propia experiencia y ofrecerlo como una profunda necesidad de nuestra profesión, es el interés necesario por todo lo que pulsa y nos reclama allá afuera.

Entiendo que ha ocurrido con mucha frecuencia que sobre la profesión de los financieros se ha proyectado una imagen, no diría que falsa, sino muy poca duradera o sostenible, que es la de una esfera muy específica y diferenciada de la problemática corriente, que tiene sus códigos, sus pulsaciones y respiración propias, y una necesidad estructural de mantenerse convenientemente separada de la realidad.

Yo entiendo que, aunque parezca una paradoja, que es al contrario: a partir de la plataforma de lo financiero es posible aproximarse a otros ámbitos de la realidad, que son aquellos que definen la calidad de la atmósfera en la que tomamos decisiones o hacemos recomendaciones a las empresas para las que trabajamos.

Lo que no puede pasar nunca desapercibido es que esa atmósfera enrarecida no va a cambiar nunca, y que todos nosotros pertenecemos a dos o tres generaciones de personas que nunca han conocido un mundo estable, como el que hubo en Venezuela durante casi dos décadas, tiempo - hoy esto suena increíble como una película de la más depurada ficción-, durante el cual se mantuvo siempre la misma paridad cambiaria.

Nos ha tocado un país envuelto en una crisis tan unánime, cuya onda de impacto es tan poderosa, que me siento en la obligación de comentar ante ustedes, de la manera más responsable, que no conozco ni una institución pública, ninguna organización sin fines de lucro, ni un solo proyecto que no haya sido estremecido por la secuela del deterioro por el que venimos transitando, hace ya más de veinte largos años.

Y no estoy hablando sólo de las penurias económicas, de la escasez de recursos para actuar y producir resultados. Hablo de algo mucho más vasto y comprometedor, que es la de una sociedad que se interroga a sí misma con severidad, y que ha convertido la mayoría de las preguntas que se formula a sí misma, en interrogantes de orden ético.

Hasta los asuntos de apariencia más nimia, como podrían ser los temas operativos de las empresas, se han convertido en objetos de observación de las personas y los grupos organizados de la sociedad.

Nada está fuera de la mirada, de la evaluación, del seguimiento que unos están haciendo sobre otros. Nadie, y esto es importante, está tampoco fuera de esta actitud: durante el día cualquiera de nosotros puede ocuparse de defender la institución para la que trabaja, y más tarde, al momento de salir de compras o de utilizar un servicio, convertirse en el agente de perturbación o reclamo de otra empresa, que en el fondo se parece mucho a la que cuidamos durante el día.

Digo todo esto porque en términos de lo social ninguno de nosotros está fuera de lo que ocurre. Sería demasiado cómodo que nos conformáramos con el modelo blanco y negro, la respuesta dilemática de quienes creen que un sector de la sociedad construye y otro destruye.

Estamos metidos en un clima de desasosiego, de inquietud, de cambios que aparecen en el horizonte y no terminan de hacerse totales o plenos. Todo parece estar a medio camino, aunque no sabemos con qué resultados.

Yo me he preguntado, con mi mayor capacidad de reflexión y consulta a otros, sobre cuál podría ser mi expectativa para los próximos años, y la respuesta que he obtenido es, en lo sustantivo, que esto va a seguir complicado, que no

podemos esperar ilusionarnos con una visión de postal, con un país estable y en paz.

Y eso nos remite, otra vez, al instrumental con que nos proponemos pensar nuestra actividad: no bastan los índices conocidos, sino que estamos en la obligación, ciudadana y profesional, de estimar índices de incertidumbre, de miedo ante el futuro, de inquietud pública, de moralidad que interroga, y muchos otros.

Como alguien decía por allí, necesitamos aprender a evaluar no sólo el impacto del producto interno bruto, sino también de un producto espiritual bruto, que nos guíe en la lectura de lo que pasa allá afuera.

Ustedes seguramente han sido educados en la comprensión de lo que significa, cada vez más, la información y el conocimiento para las organizaciones. Sólo en la medida en que se garanticen las prácticas para que las empresas accedan a ambos, es que realmente las finanzas encontrarán la manera de generar servicios y ofrecer un mayor valor a sus clientes.

Pero esto que digo no es más que una fórmula, que mucha gente repite, pero que muy pocos aplican. En mi opinión, la diferencia real entre el crecimiento sostenido y el éxito - el éxito es una categoría poco duradera y hasta azarosa -, no es otra que el conocimiento real y vívido que tienes del mercado, del país, de los elementos con los que las personas o los consumidores están tomando sus decisiones.

La pasión por el conocimiento, su ejercicio sistemático, es la única garantía que tenemos de que nuestra comprensión del país y del mercado, será más consistente y sólida que nuestras creencias. Esto es algo que quisiera decirle, con el mayor respeto, casi como un susurro a cada uno de ustedes: desconfíen de sus propias creencias.

Si algo constituye una experiencia significativa del ejercicio profesional, sobre todo cuando uno tiene la oportunidad de verle la cara a los más diversos problemas, cuando uno no teme a que su itinerario te prodigue los más diversos y casi inesperados asuntos, es que uno termina por entender la extraordinaria brecha que hay entre las ideas previas que uno tiene sobre las cosas, y la realidad que ellas contienen.

Piensen además que sobre la distancia que mora entre lo preconcebido y lo real, se suma, para confundir y crear otras dificultades, la que aporta la brecha entre las apariencias y lo real. Todo ello constituye un triángulo, no amoroso sino de las

percepciones, que los financieros sólo pueden atacar con las herramientas de un mayor conocimiento.

Hace algunas semanas leí uno de esos párrafos que tienen una fuerza de gravedad propia, pero también, que vienen como sobre una pequeña placa imantada, que se te pega de la memoria y no hay manera de sacártelo de encima. Yo he tratado inútilmente de olvidarlo, pero ya que he fracasado en el intento, pienso que lo mejor es que se lo repita a otros, a ver si los contagio de la misma inquietud.

Escribe Robert Heilbroner, un autor que se especializa en el tema del futuro: "nada se ha vuelto más esquivo y difícil para los jóvenes profesionales y académicos de hoy, que pertenecer a un país y a sus pequeñas miserias. En sus sueños globalizados, las fronteras se desvanecen. Pero ocurre que mientras sueñan con un mundo ancho, transnacional y perfecto, las fuerzas y los intereses reales, arman sus pequeñas emboscadas nacionales, siempre dentro de alguna frontera."

Esta pequeña arenga a favor de que no se conformen con lo que han aprendido, y todavía más, a que no se limiten a los ámbitos de lo financiero, y que con todas las herramientas y la voluntad de la que puedan hacer acopio, busquen una relación estrecha con el país, no es algo, y de esto estoy mucho más que plenamente convencido, que uno pueda vivir como una disciplina sólo académica.

El país, y perdónenme el tono confesional, no es un conjunto de materias; no es un libro o un montón de libros que uno puede leerse de principio a fin. El país es una experiencia incesante, sin límites, que respira a los cuatro costados de cada una de nuestras vidas. El país es alma, es un correaje del corazón que no se detiene ni un momento a interrogarnos, a reclamarnos nuestra participación. Esto creo: sí es posible ser un profesional responsable y un ciudadano responsable a un mismo tiempo. Si el deseo está instalado en sus corazones, estoy seguro que encontrarán la manera de acabar con el falso dilema de productividad o país.

Muchas gracias.

Juan Carlos Escotet R.